

Diosas de tempestad, de Flor Romero

Bogdan Piotrowski
Universidad de la Sabana

Comencemos esta presentación con el epígrafe, tomado de la mitología Kogui, con que se inicia este precioso libro y que dice, entre otros: “El mar era la Madre. Ella era agua, y agua por todas partes. Y ella era río, laguna quebrada y mar. Y así ella estaba en todas partes. Así, primero estaba la Madre. Ella se llamaba Gualchovang. La Madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era aluna. Ella era espíritu de lo que iba a venir. Ella era pensamiento y memoria”. Estas primeras palabras nos permiten adivinar que Flor Romero está fascinada por la cultura aborigen y vincula la historia colombiana a los misteriosos albores de las épocas de los primeros pobladores de estas tierras americanas.

La obra *Diosas de tempestad. La mujer precolombina*, (Bogotá, Universidad Central, 2001), como muchos libros de la autora, está muy compenetrada por uno de los fenómenos culturales más marcados en el siglo XX, el feminismo. En Colombia, Flor Romero es una de las figuras claves en el movimiento de la emancipación de la mujer. Desde muy joven se identificó con esta causa. Aunque pocas colombianas lo hacían en ese entonces, ella estudió en la Universidad Javeriana las Ciencias de la Comunicación y se especializó en Ciencias Políticas en la Universidad de la Sorbona en París. Fundó y dirigió durante quince años la revista *Mujer*, entre 1960 y 1975.

Ocupó cargos públicos, fue Concejal de Guaduas 1973 y, luego, entre 1974 y 1982 se desempeñó como Primera Consejera de la Embajada de Colombia en París. Después, también en la capital de Francia, durante cuatro años más, dirigió las relaciones públicas de la Federación de Cafeteros de Colombia.

El papel de la mujer en la historia interesó a Flor Romero desde los inicios de su actividad literaria y se exterioriza a lo largo de su creación. Recordemos la presencia femenina en los libros como *3 kilates 8 puntos* (1960), *Mi capitán Sicachá* (1968) y *Triquitraques del trópico* (1972), para, luego, alcanzar el protagonismo hasta en los títulos como *Yo, Policarpa* (1995), *Malintzín, la princesa regalada* (1999), *Aventuras de Aitana en el Amazonas* (1999) y *Andrea, descubriendo el mundo* (2000).

Por otra parte, proyectar lo genuinamente americano en la literatura también es uno de los retos de la escritora que le permitieron profundizar en la tradición y las antiguas mitologías precolombinas y acercarlas al lector. Su producción en este campo es sumamente copiosa. Recordemos sus cuentos *La ruta de Eldorado*, *El ombligo de la luna*, *Mitos, ritos y leyendas*, *El día en que la condoreña extravió su plumaje* (1998), *El Mohán enamorado*, *La cueva de los 8 encantamientos* (2000) y *Así amaneció en Siboney y otros*

cuentos del Caribe (2001), al igual que las ya mencionadas novelas *Malintzín*, *La princesa regalada* y *Aventuras de Aitana en el Amazonas*.

Los vestigios de la cultura material que descubren los arqueólogos e interpretan los antropólogos nos revelan el pasado de modo aseverativo y no menos importante que los testimonios escritos. Flor Romero confiesa que para documentarse escuchó las voces de antropólogos, arqueólogos, sociólogos, etnólogos, filósofos, etnohistoriadores, semiólogos y expertos en arte precolombino (p. 27). Aprovecha en su ensayo una abundante bibliografía de estas áreas. A título de ejemplo, mencionemos las investigaciones de los científicos extranjeros de la talla de Claude Lévi-Strauss, Theodor Konrad Preuss y Paul Rivet, así como las de los renombrados antropólogos nacionales: Luis Duque Gómez, Virginia Gutiérrez de Pineda, Lucía Perdomo, Roberto Pineda Giraldo, Gerardo Reichel-Dolmatoff y Fernando Urbina. No faltan tampoco libros de historiadores y hombres de letras, del pasado y de autores contemporáneos, como los de Florentino Amenghino, Juan de Castellanos, Lucas Fernández de Piedrahíta, Fray Bartolomé de las Casas, Héctor Orjuela y Víctor M. Patiño, entre otros. Sus textos son fuente de una información documentada y, ciertamente, inspiraron muchas ideas que Flor Romero plasma en su exquisito escrito, pero no renuncia a su propia reflexión. Todo lo contrario, su pensamiento conserva rasgos originales y de una clara y marcada individualidad.

Hay que indicar, igualmente, que sus apreciaciones con frecuencia se inspiran en el contacto directo con los objetos provenientes de las muy distintas culturas precolombinas de todo el territorio colombiano y que hoy podemos observar

en los museos y las colecciones privadas. Estas vivencias, además de testimoniar una sensibilidad aguda de Flor, constituyen otra vertiente de su valiosísimo acopio informativo y de su análisis. Una buena parte de ellas se reflejan en las bellísimas reproducciones que contiene el libro, incluidas las fotos de las indígenas de las diferentes tribus actuales.

Cuánta razón tiene la autora al decir, que “Cada vez que aparece una tumba indígena, cada vez que se descubren cerámicas, adornos de oro, ollas o copas ceremoniales, se agrega una frase, una palabra al libro de los ancestros” (p. 15); una frase algo metafórica, pero clara y certera; en efecto, la historia de América está apenas en la fase de su redescubrimiento. Mas, regresemos al tema central del libro comentado: la mujer. Frecuentemente se oye decir que fue, sobre todo, el aborígen americano, el varón, quien hacía las representaciones de las imágenes femeninas. Flor Romero rechaza rotundamente esta hipótesis, al recordar que las labores de alfarería correspondían generalmente a las mujeres. Sin embargo, la autora reconoce que todas las teorías conocidas, aunque parezcan ordenadas, sustentadas y hasta convincentes, pertenecen al campo de la mera especulación. Ésta puede ser la razón fundamental para reconocer que precisamente el ensayo es el género más indicado para este tipo del trabajo de divulgación cultural.

Antes de pasar al análisis temático, compartamos unas observaciones sobre la estructura del libro. Podríamos establecer, aunque en el índice no aparece así, que el contenido consta de tres bloques. El primero contiene *Agradecimientos*, *Presentación* e *Introducción*, el segundo, que es el verdadero *corpus* del ensayo, abarca diez temas —una especie de capítulos sin ser llamados así de manera formal— que

desarrollan la visión anunciada en el título y, finalmente, el tercero, compuesto por la bibliografía y una especie de apéndice, titulado *Hoy estamos así* y que versa sobre unos datos estadísticos y unos temas de reflexión en relación con la mujer.

Pasemos, entonces, a la interpretación conceptual del libro. La *Introducción* plantea formalmente su tema. Es comprensible que el ensayo se inicie con la reflexión sobre los orígenes del hombre y de la mujer americanos. Si bien es cierto que se mencionan varias teorías (diferentes oleadas de poblaciones, migraciones a través del estrecho de Bering desde Asia, aparición de *Prothomos* en Argentina según Ameghino, desde el Norte del África, etc.), la verdadera atención se centra en la reciente teoría del colombiano Jaime Gutiérrez Lega quien sostiene la pluralidad genética del hombre y de que la raza negra proviene del simio, la raza amarilla de la rana y la blanca de la fusión de las dos anteriores.

El tema del primer capítulo parece ser bastante consecuente: *La dualidad. Dios podría ser hombre o mujer*. Se pretende formar un marco macro de las culturas precolombinas y acercar la visión religiosa, según la cual los antepasados “adoraban a una diosa-mujer y al mismo tiempo a un dios-hombre” (p. 35). Encontramos en estas páginas referencias al andrógino, a la serpiente mítica como dualidad cósmica, a la deificación de la mujer y a los mitos cosmogónicos. En todos los comentarios

se encuentran numerosas correlaciones con diferentes culturas, especialmente las americanas.

Luego sigue el capítulo *La mujer en las sociedades ancestrales*. No pudo faltar la imagen de Bachué, la madre de la humanidad, según los muiscas. Los coguis veneran a la Madre Gualchovang, que hemos mencionado al inicio de nuestro comentario y Aluna significa el espíritu, la memoria, lo antiguo, el espacio antes del tiempo. Dabeiba, la diosa de la tempestad,

fue adorada por los catíos. En todos los casos, la Madre mitológica es omnipresente, es la hembra cósmica, la tierra de cultivo y la fuente de la vida misma.

En el capítulo *Poder: las Amazonas y el Yuruparí*, se proyecta la idea de que la mujer perdió su posición privilegiada con la aparición de la agricultura. Tampoco se mantiene la sucesión matrilineal. El ma-

triarcado va desapareciendo, primero en el Mundo Antiguo, 3.500 años antes de Cristo, pero también en América, el hombre impone el patriarcado, aunque muy poco a poco. Hay referencias de que la mujer seguía predominando en las regiones del río Zenú, en Huila, Tumaco, entre otras. Todavía en los tiempos de la Conquista, Orellana deja los testimonios de las Amazonas, las bellas guerreras que dieron el nombre al río que los europeos llamaban el Mar Dulce.

Como lo destaca Flor Romero, los objetos de las representaciones femeninas

.....

La historia de la mujer precolombina que nos relata Flor Romero tuvo sus altibajos y los percibimos, igualmente, en nuestra época. También los tuvo y los sigue viviendo el varón. Es la historia conjunta de la humanidad, la humanidad entera.

.....

permiten establecer un objetivo doble: conocer más acerca de la mujer de antaño o establecer unos puntos de comparación en el estudio de la historia de lo imaginario. En el capítulo *Atavíos, joyas, peinados, maquillaje* se hallan numerosas referencias a los diferentes recursos para subrayar la belleza femenina, desde las pezoneras en oro hasta la pintura corporal, tintes para el cabello y fragancias, ungüentos y esencias de la selva para el cuerpo.

Los dos temas siguientes se complementan y aunque en el ensayo se destacan por separado, el hecho de que conserven la sucesión, nos autoriza a tratarlos conjuntamente. Tanto más que los diferentes tópicos de los capítulos se entrelazan y crean una visión completa. El tratamiento temático establece un amplio panorama, pero es selectivo en el sentido etnológico. Por ejemplo, en *Amor y erotismo*, se comenta la interpretación del acto sexual según los coguis, el uso de las hierbas del buen querer entre los jíbaros y de las hierbas abortivas entre las tunebas, el aprecio de las pezoneras entre las habitantes de Nariño. A su vez, *El matrimonio y la sexualidad* también contiene mucha información tomada de diferentes épocas, territorios y culturas de Colombia y hasta de otras partes del mundo, por ejemplo la comparación de la sucesión matrilineal de los guajiros y de los na en China. En estas páginas hallamos las referencias a las sociedades donde existía la monogamia y en cuáles de ellas la poligamia o la poliandria. A algunos lectores les puede sorprender la noticia sobre el especial encanto de las viudas entre los coguis o que el cacique muisca de Bogotá tenía más de cuatrocientas mujeres. No faltan las referencias a los tipos de matrimonios, los incestos, los amaños, etcétera.

Ellas cultivaban la tierra es el título de otro capítulo. El concepto de que “Las mujeres son las que tienen que sembrar, así como son las que gestan y paren. Pueden enseñar a la semilla y a la planta a reproducirse” (p. 117), tomado de Virginia Gutiérrez de Pineda, sirve a Flor Romero para desplegar un vistazo histórico a la agricultura precolombina, donde la yuca, la papa y, especialmente el maíz fueron no sólo alimentos sino elementos esenciales en sus creencias y sus ritos. La mujer era la depositaria de la continuidad de la vida y, al mismo tiempo, la intermediaria entre los seres vivientes en la tierra y las divinidades.

La mujer también estaba encargada del arte. No se sabe si las mujeres participaban en las labores de orfebrería, pero la alfarería mítica, los suntuosos tejidos, el arte plumario y la cestería, eran oficios que constituyen *El arte en manos de mujer*. En este capítulo también leemos sobre las mujeres curanderas y chamanes que en estas prácticas no cedían para nada al prestigio de los varones.

Los dos últimos temas desarrollados *¿Perdió o ganó la mujer primigenia con la llegada del conquistador?* y *La mujer colombiana de hoy frente a sus antepasadas* se convierten en una reflexión feminista de matices muy actuales. Flor Romero sostiene que la mujer americana quedó en segundo lugar, después de la llegada de los españoles, y que su posición actual también debe ser más reivindicada. El libro contribuye a la divulgación de los temas bien conocidos y que siguen discutiéndose en la sociedad contemporánea, como en este fragmento: “Casarse o no casarse, tener o no tener hijos, escoger la profesión, todo esto ha entrado en una lógica de arbitraje individual, aquello que llaman el gobierno de sí misma, lo que significa el individualismo moderno” (p. 149).

Se sobreentiende que el libro, además de las consideraciones históricas acerca de la condición femenina antes de la llegada de los españoles a América, invita a la reflexión sobre el papel de la mujer en la actualidad. La aspiración de fundamentar el hoy sobre el pasado es sólo parcialmente justificada. Si se reconoce la igualdad de todos los seres humanos, sin importar la raza, el color o la nacionalidad, no se puede hablar del predominio de una parte de la sociedad al reclamar nuevamente su turno. Por esta razón nos oponemos a lo que apunta la autora al final del libro: "Pasaron tantos años, milenios, tantas lunas, pero, como el tiempo de nuestros antepasados era circular, todo vuelve a su origen. A tal punto que hoy se asegura que el siglo presente será de las mujeres. ¡Ya era hora!" (p. 150). El eterno retorno que sugería Mircea Eliade, era concebido como un mito, es decir una interpretación alegórica del mundo o de creencias y no lo podemos considerar la realidad misma. Es legítimo defender los derechos de las mujeres, hasta en los lugares más apartados como, por ejemplo, en la extensa Amazonia, pero no se trata ni de revanchismo ni tampoco es sensato hablar de alguna superioridad. La interpretación sexista nos aleja de la realidad humana y no responde a lo que quiere decir género. Antes que todo, cada uno de nosotros, varón o mujer, tenemos que conocernos, saber quiénes somos. Tiene mucha razón Jutta Burggraf, al aseverar que "el verdadero problema de nuestro tiempo no está en la búsqueda de la *emancipación*, sino en la de la *identidad*". Cuando la mujer venza su propia inseguridad, se conteste a las preguntas: ¿quién es?, ¿por qué y para qué vive? y sepa ¿cuál es su sentido de la existencia?, elevará su baja estima y con naturalidad podrá convivir, de manera armoniosa, dentro de

la sociedad compuesta por los hombres y las demás mujeres. Es su conciencia la que le brindará su verdadera autonomía porque la libertad es inherente a la persona, sin importar el sexo.

La historia de la mujer precolombina que nos relata Flor Romero tuvo sus altibajos y los percibimos, igualmente, en nuestra época. También los tuvo y los sigue viviendo el varón. Es la historia conjunta de la humanidad, la humanidad entera. El propósito que debe unirnos es ir construyendo conjuntamente el hoy y el mañana. En el mundo hemos vencido la esclavitud y si usamos esta palabra en el sentido metafórico, en el pasado la mujer no era más esclava que el varón; en el libro la autora lo indica en varias páginas. Ahora, sigue igual, el varón no lo es menos que la mujer; reitero, en el sentido metafórico.

Mas, para retomar en serio las consideraciones sobre el libro, es preciso felicitar a la Universidad Central por la ejemplar iniciativa de editar esta obra. Es una manera más de participar en la vida cultural del país, promover los valores y seguir despertando el interés en la sociedad, especialmente entre la juventud. La bellísima y pulcra impresión constituye un atractivo más. Auguramos a esta Casa de Estudios muchos frutos por este loable esfuerzo en las actividades de la extensión universitaria.

Y, para concluir, queremos compartir unas observaciones sobre el género del texto. El ensayo surgió como un género didáctico en el Siglo de las Luces. Y en su vigorosa y fértil evolución también logró asimilar la prosa científica y la narración divulgativa. Además, permitió exponer el tema de modo subjetivo, garantizando, simultáneamente, su consolidación por vía del arte. Es todo lo anterior, pero no tarda en negar cada una de estas características,

porque un buen ensayo incluye todos estos rasgos y, al mismo tiempo, mantiene su independencia y promueve su individualidad. *Diosas de tempestad. La mujer precolombina*, instruye, invita a la polémica y produce deleite. En este sentido, el último libro de Flor Romero cumple con creces las exigencias de un ensayo artístico, y, además, cautiva por su estilo genuino.

Señoras y señores: aunque el principio de igualdad me autorizaría a decir también señores y señoras, opto por la primera versión, porque la cultura la hacemos todos los hombres, varones y mujeres, y los buenos modales forman parte de ella, muchas gracias por la atención que han prestado a la presentación de esta reseña.

